Pasaban las horas, cesaba todo ruido y únicamente se oía, á través de las paredes, el rodar continuo y lejano de los coches.

Esperaba, enérgica y nerviosa, sin miedo ya, dispuesta á todo y casi triunfante, pues sabía que el conde padecería un tormento continuo.

Pero la claridad del alba entró en su habitación sin que su marido apareciera. Entonces comprendió, estupefacta, que no vendría. Cerró la puerta con llave, pasó el cerrojo y se echó en la cama, donde permaneció con los ojos abiertos, meditando, no comprendiendo ni adivinando lo que el conde haría.

Su camarera, al entrarle el té, le entregó una carta. Su esposo le anunciaba que emprendía un largo viaje y añadía en una posdata que su notario le entregaría el dinero necesario para todos sus gastos.

## III

Se representaba el *Roberto el Diablo* en la Opera. En la platea los hombres aprovechaban el entreacto para ponerse en pie, cubiertos, con el chaleco abierto que mostraba la pechera blanca donde brillaban los diamantes y el oro de las botonaduras, y miraban á las mujeres, descotadas, cargadas de joyas, más hermosas que nunca en aquella atmosfera tibia y perfumada, donde las caras y las gargantas parecían ofrecerse á las miradas, entre la música y el canto.

Dos amigos, de espaldas al escenario, miraban, hablando, aquellas galerías llenas de mujeres, aquella exposición de gracia verdadera ó falsa, de joyas, de lujo y de presunción que se extendía en círculo por la gran sala de espectáculos.

Uno de ellos, Roger de Salíns, dijo á su compañero, Bernardo Grandín:

—Mira qué guapa está aún la condesa de Mascaret.

El otro miró á su vez hacia un palco principal donde había una mujer alta, que aun parecía joven, y cuya esplendorosa belleza atraía las miradas de todos. Su tez pálida, con reflejos de marfil le daba un aspecto de estatua, mientras en su pelo negro como la noche, una fina diadema semicircular de diamantes brillaba como una vía láctea.

Cuando la hubo mirado un rato, Grandín contestó con acento de convicción sincera:

—¡Ya lo creo que es guapa!

—¿Qué edad debe tener ahora?

—Espera. Lo sé. La conozco desde niña. La vi cuando empezó á frecuentar la sociedad de soltera. Tiene... tiene treinta... treinta y seis años.

—No es posible.

—Estoy seguro.

—Pues aparenta veinticinco.

—Y ha tenido siete hijos.

—Es increible.

Los siete viven y es muy buena madre. Voy á veces á su casa. Ha sabido realizar el fenómeno de ser buena madre y mujer de sociedad.



—¡Es raro! ¿Y jamás se ha murmurado de ella?

—Jamás.

—Pero su marido... Es raro ¿verdad?

—Sí y no. Quizá existe entre ellos un drama, uno de esos dramas de matrimonio que se sospechan, que jamás se saben de cierto, pero que casi se adivinan.

—¿Qué es?

—No sé. Mascaret es ahora un calaverón después de haber sido un perfecto esposo. Mientras fué buen marido tenía mal carácter, era receloso. Ahora, desde que se divierte, parece indiferente; pero diríase que tiene una pena que le roe; envejece mucho.

Entonces ambos amigos filosofaron un rato acerca de los pesares secretos y vivos que la desemejanza de caracteres ó quizá antipatías físicas, inadvertidas al principio, pueden hacer nacer en el seno de as familias.

Salins, que continuaba mirando con los gemelos á la condesa, añadió:

—Parece imposible que esta mujer haya tenido siete hijos.

—Sí, en once años. Después terminó á los treinta años su período de producción para entrar en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

brillante período de representación, que promete durar mucho tiempo todavía.

—¡Pobres mujeres!

—¿Por qué las compadeces?

—¿Por qué? ¡Hombre! Imagina lo que deben ser once años de preñez para una mujer como ésta. ¡Qué suplicio! Es toda la juventud, toda la belleza, toda la esperanza de triunfos mundanos, todo un ideal de vida brillante que se sacrifica á esa abominable ley de reproducción, que convierte á la mujer normal en una máquina de parir seres.

—¿Qué hacerle? ¡Cosas de la naturaleza!

—Sí; pero yo te digo que la naturaleza es nuestra enemiga, que hay que luchar contra ella, porque siempre nos vuelve hacia la animalidad. Todo lo limpio, lindo y elegante que existe en el mundo, no es obra de Dios sino del cerebro humano. Nosotros somos los que hemos puesto en la creación, cantándola, interpretándola á fuer de poetas, explicándola por boca de los sabios, algo de gracia, de belleza, de encanto desconocido y de misterio. Dios sólo ha creado seres groseros, henchidos de gérmenes de enfermedades, que, después de algunos años de florecencia bestial, envejecen, con todos los achaques, fealdades é impotencias de la decrepitud humana. Sólo los ha creado, á lo que se ve, para reproducirse suciamente y para morir después lo mismo que los insectos efímeros de las noches de estío. He dicho «para reproducirse suciamente» y me afirmo en ello. ¿Hay algo, en efecto, más innoble, repugnante y asqueroso que ese acto ridículo y sucio de la reproducción, contra el cual se rebelan todas las almas delicadas? Ya que todos los órganos creados por ese inventor económico y malévolo sirven para dos fines ¿por qué no ha escogido otros que no fuesen tan sucios y hediondos para confiarles el cometido más noble de todas las funciones humanas?



La boca, que nutre el cuerpo, esparce el verbo y el pensamiento. La carne se restaura por ella y por ella vuelan las ideas. El olfato, que da á los pulmones el aire vital, da al cerebro todos los perfumes del mundo: el olor de las flores, de los bosques, de los árboles, del mar. El oído, que nos hace comunicar con nuestros semejantes, nos ha permitido ambién inventar la música, que engendra las ilusiones más puras, los ensueños. Pero diríase que el Creador, socarrón y cínico, ha querido prohibir al hombre ennoblecer y embellecer sus relaciones con la mujer. El hombre, sin embargo, ha inventado el amor, lo cual es una buena réplica al Dios burlón, y

lo ha idealizado de tal modo, que la mujer olvida á veces á qué contactos ha de sucumbir. Los que, entre nosotros son impotentes para engañarse exaltándose, inventaron el vicio y complicaron el libertinaje lo cual es un modo de engañar á Dios y de rendir homenaje—un tanto impúdico—á la belleza.

Pero el ser normal hace hijos como una bestia cualquiera.

Mira esta mujer. ¿No es abominable pensar que esta joya, que esta perla, nacida para ser adorada, admirada, pasó once años en dar hijos al conde de Mascaret?

Grandin contestó riendo:

—Dices bien; pero pocos te comprenderían.

Salins se animaba.

—¿Sabes cómo concibo á Dios?—dijo.—Como un monstruoso órgano creador, desconocido para nosotros, que siembra por el espacio millares de mundos, bien así como un pez único pondría huevos en el mar. Crea porque tal es su función de Dios; pero ignora lo que hace, estúpidamente prolijo, inconveniente de las combinaciones de toda especie producidas por sus gérmenes desperdigados. El pensamiento humano es un accidente feliz de las casualidades de sus fecundaciones, un accidente lo-



cal, pasajero, imprevisto, que desaparecerá con la Tierra, para volver á surgir acaso en otro punto, igual ó diferente, con las nuevas combinaciones de las creaciones nuevas. A este accidente le debemos el estar muy mal en un mundo que no estaba creado para albergar y nutrir seres pensantes, y á él le debemos asimismo el tener que luchar de continuo, cuando somos civilizados, contra lo que aun se llama designios de la Providencia.

Grandín, que le escuchaba con atención, porque sabía las sorpresas de su fantasía, le preguntó:

—¿De manera que crees que el pensamiento humano es un producto espontáneo de los partos divinos?

—¡Ya lo creo! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, parecida á las acciones químicas imprevistas productos de nuevas mezclas, parecida también á una producción de electricidad creada por frotamientos ó vecindades inesperadas, en una palabra, de igual especie que todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia que vive.

Todo el que mira en torno suyo advierte las pruebas de ello. Si el pensamiento humano, dispuesto por un creador consciente, hubiese debido

ser lo que es en realidad, tan distinto del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, tenaz, inquiridor, ¿acaso el mundo creado para nosotros hubiese sido ese parquecito poco cómodo, lleno de animaluchos, esa huerta silvestre, roqueña y esférica, donde vuestra Providencia imprevisora quería que viviésemos desnudos, en grutas ó en los árboles, comiendo la carne de los animales asesinados ó legumbres crudas, crecidas por la acción del sol y de las lluvias?

Basta reflexionar un momento para comprender que el mundo no está hecho para que lo habiten seres como nosotros. El pensamiento, nacido y desarrollado por un milagro nervioso de las células de nuestra cabeza, ignorante y confuso como es y será, hace de los intelectuales unos miserables y eternos desterrados.

Contempla esta tierra tal como la ha dado Dios á los que la habitan. ¿No es evidente que está dispuesta para animales? ¿Qué hay para nosotros? Nada. Para ellos, todo: cavernas, árboles, hojas, manantiales, la cama, los alimentos, la bebida. A esto se debe que hombres refinados como yo están siempre molestos. Sólo los que más se parecen al bruto viven contentos y satisfechos. Pero los otros,



los poetas, los delicados, los inquiridores, los inquietos!... ¡Ah, pobres gentes!

Yo como coles y zanahorias, cebollas, nabos, rábanos porque he tenido que acostumbrarme á ello puesto que no hay otra cosa, pero confiesa que es comida de cabras y conejos, como la hierba y el trébol son alimento para caballos y vacas. Cuando miro las espigas maduras, veo que ese grano ha germinado y crecido para los gorriones y alondras, pero no para mi boca. Al comer pan, robo á los pájaros, como robo á la comadreja y al zorro comiendo gallinas. ¿La codorniz, la paloma y las perdices no son la presa natural del milano; el carnero, el cabrito y la ternera la presa de los grandes carnívoros antes que carnes cebadas para sernos servidas asadas con trufas, desenterradas expresamente para nosotros por unos cerdos?

Pero los animales sólo han de pensar en vivir. Están en su casa, alojados y alimentados, y con pastar ó cazar ó comerse unos á otros—porque Dios no ha previsto la dulzura ni los instintos pacíficos—están al cabo de la calle.

Pero á nosotros ¡ah! ¡Cuánto hemos tenido que trabajar é imaginar y luchar y desesperar para hacer casi habitable este suelo cuajado de raíces y de

piedras! Piensa en lo que hemos hecho á pesar de la naturaleza y contra ella, para instalarnos de un modo mediano, poco confortable, no muy limpio, por ningún concepto digno de nosotros.

Y cuanto más civilizados, inteligentes y refinados somos, más debemos dominarnos y domar el instinto animal que representa en nosotros la voluntad de Dios.

Piensa que nos ha sido necesario inventar la civilización que abraza tantas cosas, tantas, tantas y tan distintas, desde los calcetines al teléfono. Piensa en lo que ves todos los días, en cuanto sirve para nuestro uso.

Para mejorar nuestra suerte de animales hemos descubierto y fabricado todo, empezando por las casas, los buenos guisos, los dulces, las bebidas, las ropas, los trajes, los coches, las camas, los colchones de muelles, las vías férreas; y además hemos encontrado las ciencias y artes, la escritura y los versos. Sí, las artes son obra nuestra. Todo lo ideal es hijo nuestro y también la coquetería de la vida y los adornos de las mujeres y el talento de los hombres, que han acabado por hacer más agradable y menos dura la existencia de simples reproductores á que la Providencia nos había destinado.



Mira este teatro. ¿No es esto un mundo creado exclusivamente por nosotros sin auxilio del Destino, comprensible tan sólo para nuestra mente, una distracción inventada únicamente para y por la bestezuela que se llama hombre y que nunca está satisfecha y siempre inquieta?

Mira á la señora Mascaret. Dios la había criado para vivir desnuda en una gruta ó envuelta en pieles. ¿No está mejor así? Y, á propósito, ¿se sabe por qué el bárbaro de su marido, teniendo tan linda compañera y, además, habiendo sido bastante bruto para hacerla madre siete veces, la abandona por unas pindongas?

Grandín contestó:

—¡Ah, querido! Quizá ahí esté la causa. Acaso ha visto que le costaba harto caro dormir siempre en su casa. Ha llegado por economía doméstica á los mismos principios que tú sientas en filosofía.

Llamaban para el tercer acto. Los dos amigos se volvieron, se descubrieron y se sentaron.

## IV

En el coche que les llevaba á su casa después de la representación de la Opera, el conde y la condesa de Mascaret, sentados uno junto á otro, no hablaban. Pero de pronto el marido dijo:

—¡Gabriela!

—¿Qué quieres?

—¿No te parece que eso ha durado ya de sobra?

—¿Qué?

—El abominable suplicio á qué me condenas hace seis años.

—¡Qué hacerle! No lo puedo evitar.

—¿Quieres decirme al cabo cuál es?

—Nunca.

—Piensa que no puedo ver á mis hijos, tenerlos en torno mío sin que esa duda me atormente. Dime



cuál es y te juro que perdonaré, que le trataré como á los otros.

—No tengo derecho á hacerlo.

—¿No ves que no puedo soportar más esta vida? ¿Que sin cesar la pregunta odiosa se formula en mi mente? ¿Que me desespero cada vez que les miro? No puedo mas; enloqueceré.

—¿De modo que has sufrido mucho?

—Atrozmente. ¿Cómo, si no, hubiera aceptado el horror de vivir cerca de ti y el horror, más tremendo todavía de saber que entre ellos hay uno, que no conozco, que me impide amar á los otros?

Ella repitió:

—¿De modo que has sufrido mucho?

El contestó con acento contenido y doloroso:

—Te repito que cada día es un nuevo suplicio para mí. A no ser por esto ¿hubiese vuelto, hubiese habitado en esta casa, cerca de ti y de ellos, si no les amara? ¡Ah! Te has portado conmigo de un modo abominable. Quiero á mis hijos con toda el alma, bien lo sabes. Soy para ellos un padre del tiempo antiguo, como fuí para ti un marido enamorado, porque soy un hombre sano, robusto, como la naturaleza los cría. Te confieso que sentía unos celos horribles, porque tú eres una mujer de otra raza,

de instintos diferentes, de otras tendencias. ¡Ah! No olvidaré nunca lo que me dijiste. Pero desde aquel día no pensé en ti. No te maté porque así hubiese aniquilado el único medio de descubrir cuál de mis... de tus hijos no era mío. He esperado, he padecido más de lo que puedes imaginar, pues no me atrevo á amarlos, excepto á los dos mayores; no puedo llamarlos, besarlos, sentármelos en las rodillas sin pensar: «¿Será éste?» He sido considerado y complaciente contigo durante estos seis años. Dime la verdad y te juro que no cometeré ninguna violencia.

En la sombra del coche, creyó adivinar que la condesa estaba conmovida y añadió, comprendiendo que iba á hablar:

—Te lo ruego, te lo suplico...

Ella murmuró:

—Quizá he sido más culpable de lo que crees; pero no podía, no podía soportar aquella vida horrible de preñez continua. No tenía más que un medio de arrojarte de mi cama. Mentí ante Dios y mentí con la mano levantada sobre las cabezas de mis hijos, porque no te he faltado jamás.

El le cogió el brazo y apretándoselo como aquella tarde tremenda del paseo por el Bosque, balbuceó:



—¿Es verdad?

—Verdad.

Pero, angustiado, el conde gimió:

—¡Ah! Voy á caer en nuevas dudas que no acabarán jamás. ¿Qué día mentiste, entonces ó ahora? ¿Cómo creerte? ¿Cómo creer á una mujer después de lo que has hecho? Jamás sabré á qué atenerme. Mejor quisiera que hubieses dicho: «Es Juana, es Jaime.»

El coche penetraba en el patio del palacio. Cuando se detuvo, el conde saltó el primero y ofreció, como de costumbre, el brazo á su mujer para subir la escalera.

En cuanto llegaron arriba:

—¿Quieres que hablemos un rato?

Su esposa contestó:

—Sí.

Entraron en un saloncito, del cual un criado, un tanto sorprendido, encendió las bujías.

Cuando estuvieron solos, dijo el conde:

—¿Cómo saber la verdad? Mil veces te he suplicado que hablaras, y permaneciste muda, inflexible, y he ahí que ahora me dices que mentiste. Durante seis años me has dejado creer tal abominación. No. Hoy es cuando mientes; no sé por qué, quizá por lástima.

Ella contestó con convicción sincera:

—Si no te lo hubiese dicho, habría tenido cuatro hijos más en esos seis años.

El conde exclamó:

—¿Y una madre habla así?

—¡Ah!—replicó la condesa—no me siento madre de los que no han nacido; me basta con serlo de los hijos que tengo y amarlos de todo corazón. Soy mujer de una sociedad civilizada, amigo mío; no soy, no quiero ser ya una hembra que repuebla el mundo.

Se levantó al decir estas palabras; pero él la cogió las manos.

—Una palabra sola, Gabriela. ¿Has dicho verdad?

—Acabo de decirla; no te he engañado jamás.

Su marido la miraba cara á cara y la veía bella, con sus ojos como cielos helados. En su cabellera obscura lucía la fina diadema diamantina como una vía láctea. Entonces, por una especie de intuición, comprendió que aquella mujer no sólo servía para perpetuar la raza sino que era un compuesto raro y misterioso de todos nuestros deseos complicados, reunidos en nosotros por el trabajo de siglos enteros, desviados de su objetivo primordial y divino



errando hacia una belleza mística, entrevista y jamás lograda. Algunas hay así que florecen tan sólo para nuestros ensueños, embellecidas por cuanto la civilización ha puesto de ideal y prestigioso en torno de la mujer, esa estatua de carne que aviva, así las fiebres sensuales como los inmateriales deliquios.

El esposo permanecía ante ella, absorto de aquel tardío descubrimiento, advirtiendo de un modo confuso la causa de sus antiguos celos, y sin comprender claramente lo que le pasaba.

Dijo por fin:

—Te creo. Siento que no mientes ahora; y antes, en efecto, siempre me pareció que mentías.

Ella le tendió la mano:

—Entonces ¿somos amigos?

Tomó la mano, la besó y dijo:

—Sí, somos amigos. Gracias, Gabriela.

Luego salió, mirándola, maravillado de que fuese aun tan bella y sintiendo que nacía en su pecho una emoción extraña, más poderosa quizá que su antiguo amor.